

## A LOS QUE NO FUERON AL SUR

**Hortensia Vicente Manteca**

Cerré la maleta y con ella, muchos años de mi vida. Salí de casa, empujé, la puerta quedaba bien cerrada.

En la calle, miré el portal, se me hizo un nudo en la boca del estómago.

En esa casa se quedaban las noches de mi infancia, con aquella soledad, la que sienten los niños en la oscuridad, el miedo a despertar y que sus padres no estén. Todo se quedaba atrás, también, la ilusión de encontrar a mi madre en casa al llegar de la escuela, el calor de su regazo al abrazarme.

Buscando el olvido de aquellas tardes de domingo, los tres, guapos, con las ropas nuevas, caminando hacia el cine del barrio.

¡Cuánto nos quisimos! Se fueron, pero yo, los retengo en mi vida.

A veces en casa, estos años que he pasado sin ellos, iba de un lado a otro y los veía, estaban allí, sentados, mi madre cosiendo, él frente al televisor, no hablaban, pero yo oía el susurro de sus conversaciones.

Mi madre hablando de su juventud, del baile en las tardes de fiesta, de cómo se hicieron novios.

Mi padre, con la mirada en la pantalla del televisor, el oído en la conversación de mi madre y la imaginación volando, viajaba una y otra vez a su pasado.

Nos contaba a mi madre y a mí, como en invierno, sentados junto al fuego, aunque no calentaba demasiado, allí, todos los hermanos, bien arrimados a la lumbre, contaban historias de miedo, él era el menor.

Lo que mi padre nos contaba a mi madre y a mí, era pasado, para él, era un presente continuo

Braceando para no ahogarme en los recuerdos, tiré de la maleta calle abajo, las luces de neón empezaban a apagarse, llegaba el día.

No sabía muy bien, si me iba o huía.

Tras un breve recorrido, me tragó la boca del metro. Llegué a la estación del tren, saqué un billete y antes de partir, tomé un café.

Aquí empieza mi viaje al sur

Cuando Rosario llegó a mi vida, la vi ilusionada ¿enamorada? Ilusionada, era joven aún, pero parecía cansada.

El quiosco de la Gran Vía madrileña, el que heredé de mis padres, abrió como de costumbre, a las seis y media. Emiliano, mi amigo, se estrenaba en el trabajo. Subió la persiana y metió los atados de periódicos, estaban junto a la puerta.

En el transcurrir del viaje, miraba por la ventana, me sentía acompañado, notaba la presencia de mis padres y de Rosario, era como si todos viajáramos juntos.

Entretenido entre el presente y el pasado, llegué a Córdoba, sentí un vuelco en el corazón, ¡Qué bonita, qué árabe! me pareció.

Sentado frente a la mezquita, miraba el transitar de los turistas, disparaban sus objetivos sin descanso, como si les urgiera, como si aquella belleza fuera a desaparecer de un momento a otro.

Pronto me cansé de aquel trajín. Cerré los ojos y me puse a imaginar, imaginaba la Córdoba del siglo diez, las casas con sus patios centrales, con sus fuentes salpicando gotas de agua en mi

piel. ¡Hacía tanto calor! Volé hasta el zoco, escuché el bullicio de los comerciantes, el transitar de los hombres tejiendo intrigas, imaginaba la mezquita abarrotada de creyentes. Alá moraba en el corazón de Córdoba.

Volví al presente, allí seguían los turistas.

Por otra parte, Emiliano me decía que estaba contento con la marcha del quiosco, no daba para hacerse rico, pero lo suficiente, pagaba la hipoteca y mantenía holgadamente a su familia, ese trabajo que le pasé, fue el final de su agónica economía. Éramos amigos desde los cuatro años, ahora teníamos cuarenta, él terminó la carrera y se puso a vender seguros, aquello fue agotador, un día no pudo más con la presión, lo mandó todo al carajo y se fue al paro.

Di el paso de cambiar de vida, porque Rosario rompió conmigo. El tiempo que estuvimos juntos, me ayudaba en el quiosco, era mi sustento, también el suyo, estudió Periodismo, yo Filosofía, nunca trabajamos en ello.

Antonia y Rosario eran amigas de la universidad, un día quedé con Emiliano y su mujer, ellos me la presentaron.

Mi amigo, de vez en cuando, me llamaba.

Hola Isidoro, ¿cómo estás? Bien, bien y tú ¿qué tal? Que tal Antonia y los niños?

¿Cómo va ese viaje Isidoro? Yo le contaba.

Estoy en Huelva, pero antes, estuve en Córdoba, ¡Pasé tantos ratos en su puente romano! ¡junto al Guadalquivir! ¡He imaginado tantas historias Emiliano! por las noches, me quedaba embelesado con la luna, parecía que se la llevaba el agua, pero no, ella seguía allí, hasta que llegaba el alba. ¡Me he acordado tanto de ti! En nuestro barrio no había río, en nuestro barrio apenas veíamos la luna en el cielo.

Tras un rato de conversación, nos despedíamos, suerte amigo, ese era nuestro deseo.



Me sentía feliz junto al mar, recordaba cada día a mis padres, ellos nunca vinieron al sur, ellos nunca vieron el mar.

El día de mi primera comunión, me vistieron de marinero, le pedí a Dios, que de mayor fuera marinero de verdad, todo formaba parte de la misma ilusión, la fiesta, el traje y los deseos.

Llegó el mes de agosto y las ventas bajaron en el quiosco, la ciudad estaba vacía. A Emiliano le hubiera gustado llevarse su familia al pueblo de sus padres, pero allí, no le quedaba nada, ni casa, ni padres, solo retazos de infancia perdidos en el pasado. Su economía no daba para más, así que barrio y piscina.

Yo llevaba meses junto al mar y aún no había visto un solo marinero vestido con traje blanco, como aquel, el de mi comunión, todos iban con trajes de faena, ennegrecidos, quemados por el salitre, luchando con los vientos.

Pasaba horas y horas en la playa, no me cansaba de mirar las olas, iban, venían, se estrellaban, aquello era un sin parar, me recordaban al pensamiento humano.



Emiliano aprovechó ese mes para hacer limpieza en el quiosco, me contaba, que yo tenía demasiadas cosas por el suelo, que no podía moverse. Llenó varias cajas con el material y empezó a ver aquello más despejado. Reorganizó las estanterías, en su conjunto, le parecía más grande.

En esas estaba, cuando reparó en el rincón de la derecha, le pareció que una baldosa estuviera levantada, intentó moverla y no pudo, estaba pegada, pero diferente a las demás. Se quedó mirando ese punto unos segundos, se quedó pensativo.

Yo seguía sin saber nada de Rosario, estaba seguro que Antonia tenía noticias de ella ¿por qué no me contaba nada?

Mi decisión de quedarme indefinidamente en el sur y lo que descubrió en el quiosco, a Emiliano lo tenía desconcertado, estaba en un sin vivir.

Al día siguiente, de noche aún, según me contó después, se plantó en el quiosco con una piqueta, no subió las persianas. Comenzó la tarea, primero la baldosa mal pegada, debajo una capa de cemento, sonaba a hueco, le costó, pero al fin se rajó, saltaron varios trozos y consiguió abrir aquel escondite, allí vio algo que brillaba. Se sentó en el suelo, las piernas le flaquearon ¿qué era aquello? Sin atreverse a meter la mano, encendió una linterna.

Pasó un día de zozobra, durmió poco, así que en cuanto amaneció, me llamó.

¿Qué pasa Emiliano, no puedes dormir? Le pregunté. Pues no, fue su respuesta, no hago más que dar vueltas al tema, tengo que decírtelo.

Decirme ¿el qué?, fue mi respuesta.

Mira Isidoro, creía que entre tú y yo no había secretos.

¿Por qué me dices eso Emiliano?

¿Qué por qué? Por lo que he encontrado en el quiosco.

Te juro Emiliano que no se de lo que me estás hablando, en ese quiosco, solamente hemos entrado mis padres y yo, bueno y Rosario.

Está bien, si tú no sabes nada, investigaré lo que pueda. Quedamos en llamarnos. Un abrazo.

Emiliano tenía que contárselo a Antonia, su mujer, alguien debía ayudarle a esclarecer el asunto.

Se de lo que hablas, le dijo Antonia. Emiliano se quedó desconcertado, no podía dar crédito a lo que estaba escuchando, dice, sintió dolor por mí, tendría que contármelo todo, todo lo que sabía sobre aquella pistola.

Yo llamaba cada día, quería saber cómo iban las pesquisas sobre aquel turbio asunto.

Un día y por sorpresa, Rosario me llamó, al oír su voz me emocioné. Hablamos largo rato, me decía que quería retomar la relación, que deseaba compartir de nuevo, su vida conmigo.

Me sentí ilusionado, confuso. ¿Por qué ahora Rosario? Antes tendrás que contarme algo ¿no crees? Me pareció que se le quebró la voz. ¿A qué te refieres Isidoro, qué quieres que te cuente?

Para entonces, Emiliano ya me había relatado la historia de Rosario.

Me contó cómo llegó a mi vida, la conocí cuando su exnovio estaba en la cárcel.

Ella deseaba borrar su pasado, deshacer los nudos que le ataban a aquel chico. Lo conoció siendo una niña, se enamoró, una vez más, lo que parece amor, es pura dependencia. Le parecía un dios, pero ese dios, no era más que un muchacho sin escrúpulos.

Un día se vio envuelto en un feo asunto de drogas y la cosa terminó mal, hubo un muerto. El arma homicida nunca apareció, Rosario estaba junto a él en el momento de la refriega. Lo declararon culpable y fue a la cárcel.

Se deshizo del arma como pudo.

¡Era tan feliz contigo Isidoro! no podía creerse que eso le sucediera a ella.

El tiempo pasaba, cumplió condena y salió de la cárcel. Un día localizó a Rosario, comenzó el chantaje y todo volvió a empezar. Ella no quería implicarte en su pasado y rota como una marioneta, se fue.

Regresó con ese tipo, hasta hace unos meses. Me contaba, que la vida junto a él, era un infierno.

Un día la suerte llamó a su puerta y por sorpresa, la muerte se presentó envuelta en una sobredosis, al fin libre. Ella jamás probó la droga, su padre, consumidor, entraba y salía de la

cárcel, hasta que un día no volvió a casa, ella para entonces, tenía nueve años, su vida quedó marcada.

Como verás, es una superviviente.

No te ha engañado Isidoro, solamente, dejó de contarte un trozo de su vida, ese trozo que no le hubiera gustado vivir.

Al terminar el relato mi amigo, me sentí triste, me di cuenta, que a pesar de todo, la amaba.

Respecto a la pistola, le dije, puedes dejarla donde estaba, parece un sitio seguro.

Un día de estos, iré a buscar a Rosario, la traeré al sur, yo la cuidaré.

Nos despedimos, hasta pronto, un abrazo.

Me sentí flotando en el vacío, me quedé solo conmigo mismo.

Hablé de nuevo con el mar, le pedí se conjurara con el sol y con la luna y que todos los astros me protegieran. ¿Quién si no? Estaba encallado.

